

EL DÍA

Argentina: cinco años sin Haroldo

por Mario BENEDETTI
exclusivo para El Día

MADRID, 25 de mayo (Especial para IPS).—Antes de que se cumplieran, este mes de mayo, 5 años de la desaparición del gran narrador argentino Haroldo Conti, se supo por fin, gracias a Gabriel García Márquez (ver su nota: "La última noticia sobre el escritor Haroldo Conti", en *Proceso*, México, 20 de abril de 1981, número 233), que en junio de 1980, el general Jorge Rafael Videla, entonces presidente de Argentina, había reconocido (de modo muy confidencial y ante varios periodistas españoles) que Haroldo estaba muerto.

Al parecer, la escueta declaración no incluyó detalles, pero en estos años son varios los testimonios acumulados que permiten asegurar que el escritor murió después de haber sido salvajemente torturado.

La confianza de Videla fue tan sólo la confirmación de esas malas noticias. Sin embargo, no se trata de una comunicación cualquiera, y que valga la pena analizar el porqué de esa peculiar manera de comunicar.

Para quien haya conocido a Haroldo Conti (tuve el privilegio de ser su amigo) es difícil admitir la abyección, la crueldad inútil que significa su muerte. Haroldo era uno de los seres más cálidos, más veraces, más transparentes, que jamás haya conocido.

Su concepto de la amistad y de la lealtad eran insobornables. Había sido semina-

rista y bancario, pescador y maestro, tripulante y constructor de veleros, estudiante de filosofía y camionero, piloto civil y cineasta, y con esa insólita mezcla de artes y oficios había llegado a un entrañable conocimiento del prójimo, no obtenido mediante planificadas investigaciones sino gracias a su vocación de hombre bueno y sensible.

No sé de nadie a quien Haroldo le cayera mal, y esto ya es mucho decir en la intrincada selva de las letras.

A la media hora de conocerlo, uno ya tenía ganas de confiarse a él, no porque repartiera confidencias al primer interlocutor. Sencillamente era tipo sin dobleces, sin maniobras, sin resentimientos, siempre afirmativo en lo fundamental, siempre dispuesto a encontrar en la gente lo mejor de cada uno.

Al igual que Oreste, su personaje de *Mascaró*, Haroldo fue en sí mismo una gran afirmación, y era en esa actitud donde y cuando

protegía a los suyos. Quizá ahí residía la clave de su destino final. Es fácil imaginar que un tipo tan espléndido y generoso debe resultar insoportable a los verdugos de todas las latitudes y en todas sus variantes.

Quizá sus victimarios no hayan encontrado en toda su inhumana trayectoria una acusación más implacable que la cálida y asombrosa mirada de Haroldo.

Estoy convencido de que a Haroldo no lo mataron sólo con el consabido designio de obtener información. Lo mataron también porque en la escala de valores de esos crueles, no tenía cabida un hombre de una lucidez y una lealtad tan fuera de serie.

El asombro de Haroldo se ha cruzado entonces con el asombro de sus verdugos. Quizá Haroldo haya muerto simultáneamente de tortura

y desencanto: Quizá quienes lo mataron hayan acabado con él, sintiendo una rara mezcla de omnipotencia y de flaqueza, de inquina y de

horror.

En *Mascaró*, el príncipe le dice a Oreste: "El arte es una entera conspiración. ¿Acaso no lo sabes? Es su más fuerte atractivo, su más alta misión. Rumbea delante, madrugón del sujeto humano".

Fue con ese madrugón que se ensañaron sus victimarios. Si hay una prueba del carácter subversivo del arte, esa prueba es precisamente la desaparición de Haroldo.

Y no me refiero a la muerte que ahora sabemos confirmada, sino a la simple desaparición. Cuatro años demoraron en reconocer que lo habían asesinado. ¿Por qué tanto tiempo? Y ¿por qué, aún en el trance de reconocerlo, se obligaron a susurrar la confesión y a comprometer a quienes la escuchaban que no la harían pública?

¿Por qué semejante timidez en tales arrogantes? Entre otras cosas, porque son concientes de que esta muerte los cubre de ver-

guenza. Así cómo, 5 años atrás, en uno de sus estallidos de histeria represiva, hicieron desaparecer a Haroldo, hoy quisieran en cambio que desapareciera su muerte: quisieran borrarla del mapa de sus aberraciones. Desgraciadamente, no hay retroceso, y el cadáver de Haroldo Conti penderá hoy y siempre sobre sus crismas y sus conciencias.

Esa imagen del escritor que prefirió la muerte antes que traicionar, es sin duda una grave derrota para la dictadura argentina. Grave, y además ilevantable, ya que Haroldo sigue y seguirá derrotando diariamente a sus verdugos, y el merecido prestigio de su obra literaria, que irá creciendo con el tiempo: la fama cada vez más extendida de su notable *Mascaró*, servirán también para que crezca y se extienda, para que nunca acabe, la acusación a quienes lo arrancaron (a él, que tenía tantos y tan dignos oficios) de su espléndido oficio de vivir.